

vi jadeantes, compuse el desorden de mi aporreada persona y les dije con enérgico acento, que no sentaba en verdad á mi mansedumbre, que no teniendo ni edad ni influencia para evitar lo que jamás consentiría, el día siguiente me marchaba de su lado, porque no se tomara mi presencia como encubridora de sus extravíos.

— Adiós, *ché* — me contestó Clara: — D. Perfecto de baratillo, santo de palo, babieca celestial.

— Escribir en llegando — dijo Laurentina — y que te alivies, Juan Lanás de Dios. Cuanto menos bulto, mayor claridad.

Ahogábanme la indignación y las lágrimas. Me preguntaron burlonas si necesitaba algo para el camino, y les dije que no, que con las manos vacías saldría de la casa y sabría ganarme mi pan, como los demás. Me refugí luego en mi *altillo* y pasé la noche llorando, porque en realidad ignoraba yo qué haría al día siguiente, ni adónde iría.

Esperaba que con las luces del alba se despertaría el remordimiento en mis hermanas, y hostigadas por el cariño fraternal, que si dormita á veces, nunca se extingue, alguna de ellas vendría á buscarme ó mandaría recado; pero salió el sol y llegó á bañar la mitad del patio, medida que llenaba al punto de las doce, y nadie se ocupó de mí. Lo que veía por la ventanilla de mi jaula era pasar á la china menor con las fuentes del almuerzo. Entonces, convencido de que no tenía más remedio que desalojar la plaza, me puse mi me-

jor ropa, y sin paquete ostensible ni nada que me embargara, salí con el corazón encogido y los ojos llorosos: cuando ponía el pie en la calle, sentí reír á mis hermanas en el comedor.

Lo primero que se me ocurrió fué arrojarme al río. Confieso que en las horas dolorosas de mi vida la idea del suicidio se me ha presentado como el mejor medio de arreglarlo todo, aunque contrario á la ley de Dios; pero aquella vez, no sólo no lo arreglaba, puesto que mis hermanas hubieran continuado siendo ligeras, sino que me estropeaba la ropa, y para eso yo no me la había vestido. Muy cabizbajo tomé el rumbo que solía, y era por la calle Defensa al Norte, en busca de luz y relativo movimiento, hallando en el segundo tramo el consuelo que buscaba, y fué dirigirme á la tienda de mi tutor, D. Aquiles Vargas, en la entonces llamada calle de Mendocinos: D. Aquiles me daría consejo y asilo, que á ello le obligaba su cargo; también me daría de almorzar, que ayuno estaba y desfallecido. Secáronseme los ojos, se me ensanchó el corazón, apreté el paso... y á ver á D. Aquiles.

Tendría D. Aquiles por aquel tiempo unos treinta años y bien ganada ya su fama de mal genio y avaricioso, que ha consagrado la voz de la historia, y era chiquito, regordetón, sin las arrugas y las canas que echó después de millonario. Yo le trataba poco; no así á su mujer, que era visita de casa, y á sus niños, aunque mucho menores que yo, pues lo menos que llevo á Pablo Aquiles (¿qué será de Pablo Aquiles?,

¿habrá muerto?), lo menos son ocho años. La tienda era grande y toda ella aparecía ocupada por géneros de las provincias, en que traficaba con lucro evidente: aquí los tercios de yerba, allá las cajas y latas, los dulces y *tabletas* de Mendoza, quesos, alfajores, miel, mates, encajes, *quillangos*, ¡qué sé yo!, todo revuelto, en los estantes, en las paredes, en el techo y en el suelo, y presidiendo la industriosa exposición D. Aquiles, con su chaleco rojo de federal y el entrecejo cruzado de rayos y centellas.

Sabia yo que en aquella hora le encontraba infaliblemente, pues por reloj salía de su casa á las ocho á abrir la tienda y no volvía hasta la oración. Le encontré, en efecto, y regañando, como de costumbre, á Salustiano Pozuelo, que estaba con él de dependiente... Sí, Salustiano Pozuelo, el mismo, marido hoy, no sé si afortunado, de la hermosa Graciana Sangil, hija de Pepe. Pues, señor, el pobre Salustiano, que fué siempre muy bruto y ordinario, acababa de hacer cisco una docena de *tabletas*, y con las torpes manos recoger quería la escarchada pasta del santo suelo, bajo el chaparrón de dicterios de don Aquiles, cuando yo me presenté en la puerta. Calmóse D. Aquiles; trajo Salustiano una escoba, sí, señor, el gran Pozuelo de hoy, y con ella barrió las baldosas, y D. Aquiles y yo nos metimos en la trastienda y nos sentamos cada uno en un tercio de yerba, no sé si paraguaya ó correntina.

Al principio lloré y no pude contestar más que con

sollozos al Sr. Vargas; pero luego, alentado por su indulgencia, referí lo sucedido con especial cuidado de que la honra de mis hermanas saliera lo mejor librada. Como no precisaba el motivo y dejaba las íes sin los puntos correspondientes, mi tutor no acababa de comprenderlo, y hasta preludió la desaprobación de mi escapatoria con fruncimiento de las terribles cejas. Yo apuré mi escasa lógica para convencerle que la vida común con mis hermanas no podía ser; que mi deseo era entrar en el comercio, pues no quería andar de gandul; que, por lo menos hasta mi mayor edad y mientras me ganara el sustento, mis hermanas percibieran exclusivamente la renta, para que nada les faltase, y que me ponía bajo su protección, antes que solicitar la de algún pariente, porque los deberes de tutoría así lo mandaban.

Estaba de buena veta D. Aquiles aquel día, ó pensó que le convenía servirse de mí; la amenaza del entrecejo se fundió en una sonrisa paternal, y acariciándome la barba, me dijo:

— Bueno, yo veré á las señoritas de Ríquez y me enteraré bien de lo que ha pasado. Entretanto te quedas aquí, y si las señoritas de Ríquez lo consienten, serás mi dependiente, aprenderás el comercio, dormirás aquí en un cuarto contiguo al de Salustiano, porque en mi casa no tengo sitio, comerás conmigo al mediodía y cenarás en la pensión de Salustiano, ó donde te dé la gana. En verdad que me hacía falta un dependiente finito como tú. Salustiano es un bes-

tia. Apruebo, hijo, tu resolución y tu desinterés: si no eres rico, tienes lo suficiente para meterte las manos en los bolsillos y echarte panza arriba. Pues no, quieres trabajar, hacerte hombre. Ya sé, ya sé que eres un chico modelo, respetuoso, tranquilo, serio, excelentísimo, la flor de los muchachos habidos y por haber...

¡Ay!, por esto mismo me asignó muy corta paga, me dió una habitación que nada tenía que envidiar al *altillito* fraternal, y abusó luego de mi mansedumbre, como todos. Mientras él hablaba, miraba yo con disimulo una mesa del extremo con platos rebañados, cortezas de pan y botella vacía, comprobando tristemente que la hambruna del patrón y del mozo habían hecho pasto allí á mansalva. No me atreví á decir que estaba yo sin probar gota desde la víspera; segulle para ver la nueva habitación, que era como un desván y recibía la luz de un patio húmedo y sucio, asegurándome él que una vez limpia, y con mis muebles, que traería si no se oponían mis hermanas, parecería un salón de Palermo. Volvimos á la tienda, donde probó mi letra en un trozo de papel y mi maestría matemática, quedando muy satisfecho; me dió sendas explicaciones acerca del negocio, los principales comitentés, las ganancias anuales, la manera de despachar el género y tantas otras cosas que yo no oía, porque mi vista y mi olfato atendían más á la sabrosa exposición de comestibles. A las tres se marchó, encasquetándose el sombrero con el cintillo rojo y anunciándome que iba á hablar con

mis hermanas. Dió la orden á Salustiano que si no volvía antes de la oración, cerrara la tienda.

Quedé yo apoyado en el mostrador, muerto de hambre y de tristeza. Salustiano, tan pronto como volvió la esquina el patrón, me dijo que cuidara de la tienda mientras iba á un recado, y se largó antes que yo me excusara, asustado de la comisión. Afortunadamente, no entró nadie durante su ausencia y eso que tardó dos horas largas. Todo el tiempo que estuve solo, no aparté yo los ojos de las pilas de azucarados alfajores y de las latas de guayaba que, de espaldas á la pared y puestas de frente, mostraban la maciza carne colorada.

Volvió Salustiano con varios paquetes, uno de tabaco, otro de papel de fumar, y sobre el mismo mostrador se puso á armar diestramente cigarrillos, mientras averiguaba, con regocijo de disponer de un cirineo, el cómo y el porqué de mi vocación comercial. Me convidó con un cigarro, y yo lo rechacé:

— Gracias, no fumo.

— ¿No fumas?, ¡qué risa!, ¡es extraño!

Terminado su entretenimiento y su interrogatorio, guardó sus porquerías, y de un cajón sacó un mazo de naipes.

— Echaremos una brisquita ó un tute, ¿qué tal?

Poniéndome algo encarnado, contesté:

— Gracias, no juego.

Salustiano soltó la carcajada.

— ¿No sabes jugar? ¡Es extraño!

Tan extraño me parecía á mí también, que comenzaba á sentir vergüenza.

— Pues, mira — repuso Salustiano, — yo tengo ganas de merendar, y como este roñoso de D. Aquiles no deja por aquí ni una migaja, tomaremos, si te parece, un par de alfajorcitos, que, como no los cuenta, no llegará á saberlo. Después los remojaremos con un trago de una botella que esconde donde yo me sé.

Cogió una pasta, la dió un bocado atroz y me brindó con otra. Desfallecido de debilidad, me apresuré á rechazarla; no era mía y no podía hacerme cómplice de un hurto.

— ¿Tampoco? Ni fumas, ni juegas, ni comes, ni bebes..., ni chupas, ni besas. ¡Es extraño! ¡Qué bicho más raro!

Corridísimo, no respondí. Salustiano me dió la espalda, se merendó las pastas que quiso, bebió del vino que fué á buscar de oculto rincón, se fumó sus tres cigarrillos uno tras del otro, y por último, desparramó sobre el mostrador los naipes y se estuvo haciendo solitarios hasta que escaseó la luz.

D. Aquiles no volvía, seguro, sin duda, de que yo no había de impacientarme. Varias veces cambié de postura, como enfermo que busca el alivio deseado, y en todas el dolor de mi estómago me agujoneaba cruelmente; figurábase que las cosas comestibles que en la tienda me tentaban, las relucientes latas de sangrientas entrañas y los dorados discos de escar-



El dolor de mi estómago me agujoneaba cruelmente

chada corteza, danzaban en los estantes burlándose de mí, como Salustiano.

Rogué á éste que me diera un vaso de agua, y me lo trajo y bebí hasta la última gota. El fresco líquido me reanimó, devolviéndome mi heroico aplomo. Salustiano recogió sus naipes y me dijo que iba á cerrar la tienda; si yo quería, podía acompañarle á comer á la pensión suya, en casa de una viuda que tenía dos hijas monísimas y muy *condescendientes*. Esto lo subrayó el mequetrefe con chasquido de lengua singular, que me sacó de nuevo los colores á la cara. Apenas le apuntaba el bozo á Salustiano y su precocidad me pareció repugnante.

— Te acompañaré — le respondí, — pero no á comer. Me espera un tío mío.

Al dar esta excusa para no aceptar tan mala compañía y descubrir que no llevaba un cobre en el bolsillo, pensé en mi tío Tejera y en el suntuoso banquete de su mesa, á la que muchas veces me había sentado de convidado. Si fuera ahora y le pidiera hospitalidad..., ¡qué cena y qué cama me aguardaban! Manjares y vinos deliciosos; blandos colchones y sábanas perfumadas con benjuí, el perfume favorito de su mujer, y así por donde ella pasaba, la odorífera estela quedaba para denunciarla. Entretanto, Salustiano cerraba la puerta, corría los pasadores, echaba una tranca de hierro y la llave por fuera, y me empujaba con brusquedad reveladora de la poca simpatía que le había inspirado.

Me dejó en la acera y se fué silbando hacia abajo. Era noche oscura, el calor intenso, el silencio profundo. La idea de sumergirme, á la ventura, en la masa de tinieblas, de aquel paseo á través de la ciudad fúnebre, me dió pavor. No iría, decididamente, á casa de mi tío Tejera. ¿Cómo disculpar mi presencia inopinada?, ¿cómo ocultarle lo ocurrido? Suspirando, me senté en el mismo umbral de la tienda de Vargas, me acurruqué, y como los pájaros en la rama me dispuse á pasar la noche al raso. En seguida me dormí, y en toda la noche no desperté sino dos veces, por la canturía del sereno y el vocear de un borracho.

¡Oh noche cruel!, ¡oh carga pesada de la decencia!, ¡oh intransigencia de la delicadeza!, ¡oh dureza de la bondad!, ¡oh dolor de estómago inolvidable!....

Pero ¿qué ruido es ese? ¿Será Arturito? ¿Cómo alborota *Bullebulle!* ¡Ah! ¡Es el médico! Que entre, que entre, y me diga, si lo sabe, qué remedio tienen los setenta años de un viejo.

II

No he sido yo muy aficionado á la lectura, pero algo he leído, y entre lo poco que he leído recuerdo un libro, francés por más señas, en que contando su autor las peripecias y sucesos de su vida, saca á la vergüenza intimidades que al lector no importan. Libre-me Dios de seguir tan pésimo ejemplo, no sólo por el escándalo, del que siempre he huído, sino porque

mi temperamento sereno, la ecuanimidad de mi espíritu, no son parte á que el verdor de lo deshonesto mate los colores de mi cuadro. En mí las pasiones, si por pasiones ha de tenerse el rebullir de la sangre juvenil, fueron como las viruelas locas, sin intensidad, ni duración, ni rastros; casi pudiera decir que no las he padecido, ó al menos que no las he sentido en la forma grosera y material que hace temible el transcurso de aquella edad, de suerte que si algo refiriera, había de ser venial sosería hasta para los censores más escrupulosos.

He dicho cuadro y la pluma ha temblado en mi mano. Ayer leí las primeras páginas de este cuaderno á Sor Angélica, y la hermanita me dijo:

— ¡Pues poco campo que va á tener usted para pintar bonitos cuadros de época!

— ¡No! — la respondí alarmado, — si yo no lo pretendo, ni á ser posible me encargaría de ello. ¿Dónde está la paleta?, ¿dónde el pincel?, ¿dónde la maestría para ejecutarlo?, ¿ni cómo tampoco dar relieve á fondo que por fuerza tiene que ser movable, si los setenta años de mi vida han de desfilan ordenadamente? De mi vida sé lo suficiente para contarle; de la vida de la nación, más compleja y enmarañada por los partidos políticos, ayer los federales y unitarios, más tarde los *eneístas*, los *ordenistas*, los *salgadistas*, los *trujillistas*... y demás patulea conocida, apenas entiendo una letra. Además, esta es mi historia propia, la historia de un alma, y solamente lo que con ella se relacione